

LOS FANTASMAS DE JAKE

Si a Jake le hubiesen preguntado alguna vez si creía en lo paranormal, lo más probable era que hubiese respondido que no; de lo contrario, habría tenido que dar demasiadas explicaciones y él no era, precisamente, de los que disfrutaban de una gran conversación. Tampoco era que fuese un gran defensor de la parapsicología, pero le habían ocurrido —y le seguían ocurriendo— cosas que escapaban a su entendimiento. Detalles que para otros podrían haber pasado inadvertidos, pero que él, muy en el fondo, siempre asociaba de alguna manera con otras cosas.

La única vez que habló de ello fue con Derek, poco después de que adoptasen a su prima Rachel. Era un sábado por la tarde y ambos estaban sentados en la mesa del comedor, preparando el examen de Literatura del día siguiente.

—El coche del tío Robert era un Chevy Nova de color caramelo —le dijo.

—¿Qué?

—El coche con el que tuvo, *tuvieron*, el accidente. Eso fue lo que ponía en el informe según papá.

—¿Y qué? —preguntó Derek, exasperado por la interrupción.

—El coche que vimos volcado en la cuneta al salir de Philadelphia para venir aquí también lo era.

Su hermano lo miró con detenimiento.

—Un Chevy Nova —le aclaró—. Te acuerdas, ¿no?

—¿A qué viene eso ahora?

Jake se encogió de hombros y cambió la página del libro que ambos compartían. Se dio cuenta de que su hermano no tenía ningún interés en saber qué diablos se le estaba pasando por la cabeza, porque no tardó en volver a su cuaderno.

—¿Y te acuerdas de que hablamos de la cantidad de coches color caramelo que vimos durante el segundo día de viaje? —insistió.

—No.

—¿Cómo que no? Pero si nunca habíamos visto coches de ese color. Si tú...

—No me acuerdo, Jake —lo cortó Derek—. ¿Puedes decirme, de una vez por todas, a qué viene todo esto?

—Pues a que es mucha coincidencia, ¿no? No sabíamos nada del tío Robert y, de pronto, descubrimos que el coche que conducía era un Chevy de color caramelo. Y justo nosotros habíamos visto ese modelo accidentado durante nuestro trayecto hacia Vallon para reunirnos con él, y otros tantos del mismo color. —Paró un instante para observarlo en silencio y comprobar si había sido capaz de llegar

a la misma conclusión que él—. Lo que quiero decir es que, de alguna forma, el destino nos avisó de lo que ocurriría. —Se arrepintió de contarle su suposición antes incluso de terminar.

Derek abrió tanto los ojos que las cejas desaparecieron tras su flequillo.

—No estás hablando en serio, ¿verdad?

Estuvo a punto de decir que sí, que aquello iba completamente en serio, pero calló. Le sostuvo la mirada durante unos segundos y luego sonrió un poco para que su hermano dedujese que estaba de broma y todo regresara a la normalidad.

Lo que pasó después de aquello fue que Derek sacó un sobresaliente en su examen y que Jake suspendió, porque lo había dicho tan en serio que fue incapaz de concentrarse en nada más durante días.

Y, aunque ya nunca volvió a sacar ese tema, ni otro similar, él continuó relacionando pequeños detalles sin darse cuenta.

Quizá por eso, tras la muerte de sus padres y de su prima, Jake no se sobresaltó el día que, al llegar del trabajo, se sentó en la barra de la cocina y visualizó a su madre justo enfrente de él, sonriéndole mientras preparaba una cena que jamás saborearía. Tampoco se preocupó demasiado cuando aquellas apariciones se sucedieron cada vez con más frecuencia.

Con el paso del tiempo, comprendió que sus padres se le aparecían cada vez que estaba al borde del colapso, físico o mental. Y a veces incluso le hablaban, recordándole frases características como: «No puedes llegar tarde a la fábrica», o «tienes que relajarte, hijo». Todo siempre en su justa medida, en el momento oportuno.

Cualquiera habría dicho que era un sinónimo de locura, pero esas visiones extraordinarias le aportaban la cordura que necesitaba para seguir adelante, para paliar la soledad y el vacío que había quedado en aquella casa.

Era habitual ver a Sara, su madre, cuando estaba solo, apoyado en la barra de la cocina.

Pero llegó el día en que la vio aun estando acompañado.

Era domingo, temprano, y Arabia y Zane charlaban mientras iban de un lado a otro, limpiando a fondo la cocina. Hacía apenas unas semanas que Arabia había conseguido que su hermana se involucrase en algo, aunque solo fuese en los quehaceres más simples de la casa que ninguno de los dos tenía tiempo de atender. Jake trabajaba seis días de la semana y volvía después de las siete de la tarde, excepto los sábados. Arabia compaginaba su último año de universidad con las prácticas y la atención constante hacia su mejor amiga, sumida en una profunda *oscuridad*. Y Louis, el más pequeño... Era cierto que no hacía nada, pero ni Arabia ni Jake se sentían

capaces de asignarle ninguna tarea. Y aunque todos tenían bastante con sobrellevar el duelo lo mejor que podían, Arabia estaba convencida de que a Zane la ayudaría mantenerse entretenida durante el día, y no se había equivocado. Seguía muy desmejorada, comiendo poco, llorando mucho y viviendo por inercia, pero, al menos, ya no era un alma en pena las veinticuatro horas, e incluso se permitía el lujo de sonreír en algunos de los muchos intentos que hacía su mejor amiga por que lo hiciera.

Aquella mañana Jake había madrugado porque, a veces, aunque no quisiera, se desvelaba sin más remedio, por la costumbre o por los recuerdos. Sobre estos últimos... trataba de aparentar que no los tenía, pero los tenía y lo ahogaban tanto como a los demás. También él había adelgazado y las ojeras eran una constante en su rostro, y, pese a eso, se levantaba cada día consciente de que era el único de sus hermanos que podía hacerlo (y que podía mantenerlos). De Derek apenas sabían nada, salvo que las cosas con Ashley no estaban yendo bien y que se planteaba volver. Bajo el punto de vista de Jake, ni siquiera tendría que haber vuelto a Florida después del accidente. Le había parecido egoísta y una forma de desentenderse de la pena en la que todos estaban inmersos, porque, según decía, ahora tenía una familia propia de la que ocuparse. Y era cierto. Aunque, de todas formas, estaba y estaría enfadado con él, con motivos o sin ellos.

Porque estar enfadado con alguien le facilitaba mucho las cosas, dadas las circunstancias.

Cuando su madre apareció, tan sonriente como siempre, con el pelo castaño ondulado y su característico suéter amarillo, Jake estaba sentado, sujetando con las manos el tazón de leche que Zane le había acercado y abriendo y cerrando los ojos en un intento de que el sueño desapareciese. Ella se había apoyado en la encimera de enfrente y lo observaba con los brazos cruzados. Se quedó absorto, mirándola sin disimulo, concentrado en retenerla el máximo tiempo posible. Esa vez no le dijo nada, pero el simple hecho de verla lo reconfortó.

—¿Jake?

Su hermana se había quedado quieta al verlo tan ensimismado.

—Jake, ¿estás bien?

Jake tardó unos segundos más en atenderla, pese a escucharla. Le sonrió a su madre de medio lado, luego agachó la cabeza, recuperando su postura inicial de cara al tazón, cerró los ojos y respiró profundamente antes de levantar la vista.

—Sí —respondió sintiendo que sus fuerzas estaban renovadas. Que el cansancio se había disipado y que podría hacer algo de provecho aquella mañana.

Reparó entonces en Arabia, que también se había quedado parada, fijándose en él, y se preguntó si acaso a ella también le había pasado alguna vez algo como aquello; si se había imaginado a su madre en alguna circunstancia, hablándole u observándola, como si no se hubiese marchado. O no del todo.

Él nunca había notado nada raro durante aquel primer año de convivencia con ella. Y, sin embargo, dedujo que sí por la mirada de complicidad que le dedicó. Entonces recordó que fue precisamente Arabia la que, horas antes de que la policía se plantase en su casa para darles la fatídica noticia, le preguntó si había tenido una premonición, un palpito de que algo iba mal. Quiso mirarla con detenimiento, pero ella le sonrió y no fue capaz de mantener el contacto visual por más tiempo. Notó cómo el calor le subía hasta las mejillas y se sintió muy estúpido.

Las visiones de sus padres fueron en aumento hasta diciembre y, pasadas las Navidades, empezaron a escasear, sobre todo después del regreso definitivo de su hermano Derek.

Jake se preguntó en más de una ocasión por qué no era capaz de visualizar a Rachel. Creía que sería un consuelo, verla al menos una vez más, aunque fuese de aquella forma tan surrealista, tan inmaterial, tan fruto del subconsciente. Creía que su pérdida se

volvería un poco menos dolorosa si ella se asomaba a su habitación y lo saludaba, como tantas otras veces.

Pero eso nunca pasó.

Jamás volvió a verla.

Poco antes de la llegada del verano de 1988, Jake dejó de ver a sus padres. Un día, sin más, dejaron de aparecerse. Fue así como entendió que el tiempo de retenerlos había pasado. Durante algunos días más, esperó la visita de Rachel. Deseó con todas sus fuerzas que ella le dedicase un último adiós. Sin embargo, no lo había hecho en meses y tampoco iba a hacerlo entonces. Incluso pensó en la posibilidad de que, en realidad, Rachel no hubiese muerto en el accidente. ¿Qué otra razón había para que ella no se hubiese presentado jamás? ¿Acaso necesitaba la presencia de sus padres más que la de ella? Por supuesto que no. La había querido como se puede llegar a querer a una hija, solo que aún no lo sabía. Porque, por aquel entonces, Jake no sabía lo que era querer a una hija, y aún tardaría varios años en descubrirlo. Así pues, durante un par de meses, estuvo buscando información sobre la familia materna de su prima, la que no había vuelto a ponerse en contacto con ellos después de que sus padres la llevaran a Carolina del Norte a conocerlos, sin resultado. Se preguntó por qué su madre se había deshecho de todas

las cartas, o por qué ni siquiera había anotado un número de teléfono.

Hasta que, simplemente, se le acabaron las fuerzas. Se resignó a haberla perdido, a no poder cogerla en volandas, o a escucharla reír, aun cuando su risa era lo único que muchas veces lo reconfortaba. Se despidió de ella sin quererlo, ya consciente de que se dirigía a un abismo si no pasaba página, si no la dejaba ir.

Nunca la olvidó, porque nadie olvida a aquellos que se han marchado. Pero aprendió a vivir sin la carga constante de no haberse despedido bien de Rachel, el día en que sus padres y ella se fueron para no regresar jamás.

Y ya no siguió fijándose —o no demasiado— en los detalles que se conectaban de una forma u otra. Se obligó a deshacerse de ese tipo de pensamientos, porque resultó que a veces le hacían más mal que bien, y él no podía permitirse el lujo de estar mal.

No cuando sus hermanos dependían de él.

Años más tarde, Jake se daría cuenta de que, por mucho que hubiese intentado no prestarles atención y deshacerse de ellas, al final sus suposiciones casi siempre eran ciertas. Y que, tal vez, sus padres ya intentaron avisarlo de que su prima no viajaba con ellos

en la camioneta el día del accidente, conscientes del dolor que le causaría —causaba— quedarse sin ella.

Aquellas visiones terminaron de cobrar sentido cinco años después, el día en que Rachel, ya con once años, bajó por las escaleras de la casa de su abuela en Nashville y se reencontró con él, cerrando un círculo que había permanecido abierto desde el verano del 87.

Por la noche, en el hotel donde los Becker se alojaron, Jake se asomó por la ventana, miró al cielo estrellado y dio las gracias, esperando que llegasen de alguna forma al más allá.

Pero, por supuesto, nunca se lo contó a nadie.

Autora: Rolly Haacht
Corrección de texto: Arantxa Comes

